

Así lo que pasó fué que Dumouriez no ganó la confianza de Bélgica y perdió la de Francia. El rogó á Bélgica que se hiciera un pueblo; pero aquel monstruo no entendió lo que se decía.

El monstruo quiso seguir siendo monstruo.

Dumouriez les rogó que formaran un ejército para neutralizar el nuestro, pero cada villa tuvo el suyo. Quiso establecer la unidad judicial y cada pueblo tuvo sus jueces.

Dumouriez les metía prisa para que reunieran una Convención belga enfrente de la francesa. Las elecciones comenzaron; pero detestables y retrógradas. El primer uso que se hizo de la libertad fué para matar la misma libertad. No hay ejemplo en la historia de ceguedad semejante. Este pueblo al que Francia ofrecía el medio de librarse de tributos quiso permanecer pobre para que fuera riquísimo el clero. Votó contra la libertad y el pan que Francia le ofrecía.

El pueblo que iba de rodillas á la iglesia pidiendo á Dios el exterminio de los austriacos, aullaba ahora contra los clubs de las libertades.

Dumouriez se esforzó por hacerle ver su interés; pero el 27 hubo ya una sublevación contra él. Quiso emplear la fuerza y fue ignominiosamente silbado. Los malvados que dirigían este pueblo ciego no cesaban de hablarle de soberanía nacional. ¿No es este un pueblo libre é independiente? Y reclamaban la libertad del suicidio.

¿El pueblo? pero ¿en qué conocer que aquello era un pueblo si más bien presentaba el aspecto de una reunión de villas y aldeas sin unión alguna ni orden ni concierto?

La traición del general francés hubiera sido un motivo para que se unieran; pero los antiguos odios y preocupaciones les volvían al dominio de Austria.

¿Cómo llevaba todo esto Francia? De una manera que demuestra su fidelidad á los principios, su desinterés, la pureza admirable de la Revolución.

Sigamos con cuidado la conducta de nuestros hombres de Estado, sus escrúpulos; en ellos no había nada sistemático ni impremeditado.

En el primer momento se ensancha su corazón.

Ven desbordarse á Francia por Europa y se embriagan con su grandeza. En el momento de Jemmapes y de la entrega voluntaria de Saboya Brissot escribía á Dumouriez estas palabras llenas de emoción: «Ah mi querido general: ¿qué son los proyectos de Richelieu y los de Alberoni comparados con este levantamiento del mundo entero que nosotros estamos llamados á hacer? No nos ocupemos de la alianza con Inglaterra ó con Prusia; que nada nos detenga; la república no debe tener más límite que el Rhin.»

Esta opinión no era, sin embargo, general. El primer movimiento fué de alegría desinteresada.

Y aun más tarde muchos girondinos apoyaron las pretensiones de

los belgas sosteniendo así aquel fantasma de pueblo, instrumento de la reacción con máscara de libertad.

Dos hombres no se equivocaron entonces. Danton, identificado hasta entonces con Dumouriez, se separó de él, fué á Bélgica, procuró inocularle la idea de la anexión y trabajó por ella á pesar del general.

Cambon, que parecía inclinarse á los girondinos, desautorizó á Dumouriez, deshizo sus empréstitos y destrozó sus peligrosos proyectos.

Dumouriez, como el cardenal de Retz, había aprendido en la vida de César que no hay nada mejor en política que deber mucho y tener así muchos acreedores interesados en la fortuna del gobierno.

El había aplicado este sistema no haciendo sus acreedores no solamente á los grandes banqueros del país, si no á la gran potencia, al clero.

El había obtenido, sin la garantía de la Convención, si no solamente con la del nombre de Dumouriez, la enorme cantidad de cien millones de francos.

Júzguese con cuanto interés le apoyarían los que no tenían más esperanza de pago que su confirmación en el poder.

Entonces estuvo en condiciones de tratar con Francia de potencia á potencia. La concedió la limosna de tres millones, pidiéndole que le dejara guardar el resto y respetara á los acreedores, es decir al clero, al feudalismo, á los abusos de todo género.

A pesar de su talento él no conocía á la Revolución y fué á estrellarse contra ella.

Cuando Dumouriez fué á Bélgica pronunció una palabra que halagó á Cambon y á todo el mundo financiero: «Yo me encargo de dar valor á nuestro papel.» Esta palabra tenía un día importancia, porque la Revolución además de serlo en las ideas lo era en los intereses, en la propiedad.

La revolución tenía un papel en que estaba su crédito, el pagaré. Todo el que tomaba un pagaré hacía tácitamente profesión de fe y decía: «Creo á la Revolución.»

La religión de la tierra, la devoción que el aldeano, el hombre del pueblo temía á la Revolución se traducían en la fe, en el pagaré.

El centro de esta religión estaba precisamente en el mismo edificio donde estuvo el timbre, en la calle de la Paz. Dos cañones colocados á la puerta daban idea del misterio que se verificaba allí dentro.

Una gran caja de hierro inabrible para los profanos encerraba el tesoro; el maravilloso papel que tenía la virtud de convertirse en dinero.

Cambon estaba persuadido de que los pagarés serían dinero; que Francia á fuerza de pagarés sería la nación más rica del mundo.

Nadie más que él contribuyó á acabar la guerra cuando dijo: «Nosotros tenemos más dinero que todos los reyes del mundo.» Nosotros tenemos fe admirable, hubiera estado mejor dicho.

¡Cosa extraña! Precisamente en aquel momento decía Pitt al parlamento inglés: «Cuanto más se debe más rico se es.» El parlamento pareció decir con San Agustín: «Creo por que es un absurdo.» Francia é Inglaterra se lanzan al gran combate por un acto de fe.

Cambon, como garantía de sus pagarés mostraba la inmensidad de la tierra.

Pitt no mostraba nada.

Era el gran movimiento de industria que iban á iniciar dos hombres: Arkwigt y Wat.

Ellos iban á dar cuerpo á las quimeras de Pitt.

Cambon creía fuertemente por que tenía necesidad de creer. Su fe robusta estaba á prueba á cada momento por los abismos y peligros que se abrían á sus pies. El los llenaba por un momento, pero los abismos seguían amenazados.

Muy difícilmente podía medirse su profundidad.

Cuando fué necesario formar un ejército no sobre el papel, si no de verdad, esto constituyó un nuevo abismo. Hubo que pagar la multitud enorme de voluntarios que acudían de todas partes.

Todos los días se veía que las cajas del erario estaban vacías y todos los días también llegaba á París una turba de gentes que pedían batalla con el enemigo y el pan de la República.

Los cajeros del erario, sentados en sus despachos, amenazados, ahogados, gritaban todos y clamaban al gobierno de París. Los clamores de todos venían á retumbar en el mismo sitio. Esta terrible penuria de dinero y abundancia de hombres venía á formar como un ciclón de armas y de batallones.

Los antiguos agentes de negocios, aptos para tiempos ordinarios, eran insuficientes para una crisis tan terrible. Permanecían mudos y temblorosos.

Los banqueros, banda de aves de rapiña, permanecían alejados esperando el momento de desorden para acercarse y morder.

Solamente un hombre tuvo valor en esta situación, Cambon. Presidente del comité de hacienda y su invariable director, se apoderó del caos, lo encauzó é hizo resurgir el orden. Albañil intrépido, tomando de todas partes ruinas y escombros, edificó el *gran libro*, el *libro mayor*.

Si se quiere conocer cual fué la cabeza tan fuerte que sufrió aquel torbellino de cifras en que el *debe* y el *haber* libraron tantas batallas, es necesario tener el retrato de David.

El personaje que fué el alma de Colbert durante el terror no aparece en sus retratos sombrío y triste como Colbert. Al contrario, si Colbert parece que está diciendo como el ministro de Luis XIV: «No se puede ir más allá», la cara de Danton parece que exclama: «Se irá.»

De aspecto sano, rudo, salvaje, representando unos treinta años, tal es él. El aspecto inteligente pero franco de un comerciante de provincia.

La tradición severa del Languedoc que enseñó contabilidad á Francia aparece aquí. Los abastecedores debían encontrarse mal ante la mirada de aquel hombre, al que era imposible engañar.

La fuerza y el vigor de la nueva Francia estaban allí; estaba también la pureza, la probidad de un hombre que podía ser intransigente con los demás por que lo era consigo mismo.

Este hombre fué avaro, rapaz, duro, pero en favor de la República. Yo tengo á mi disposición la cuenta exacta de su fortuna antes y después de la Revolución. De ella resulta que entró en el manejo de los negocios teniendo seis mil francos de renta y salió teniendo tres mil. Vuelto á su casa, administró sus bienes con la severidad con que había administrado los de la República. A fuerza de economía y de trabajo y explotando una alquería de que era dueño y en la que vendía leche, llegó en veinte años á reponer los seis mil francos de renta. Lo que más sorprendió á muchos fué que en 1815, desterrado con varios en Bruselas, atendió con su corta renta á la manutención de todos.

«Yo le he debido cien veces la vida», decía el duque de Gaëta; pero él salvó á muchos otros que, por el desprecio general, hubieran muerto si no hubiera sido por él.

En el momento en que nos encontramos, durante el 92 con sus grandes apuros en que hubo que hacer ventas rápidas, él fué el gran agente de la Revolución. El compró, vendió, administró y llenó aquellos armarios que no se llenaban. Echado delante como un dogo, manifestaba por sus gruñidos el hambre y la sed del fisco.

La Convención de cuando en cuando le echaba á roer un decreto. Durante el terror del 93 él también fué un objeto de terror. Raras veces se atrevió nadie á atacarle y nunca impunemente. El mordió una vez á Brissot y otra á Robespierre. Quien tiene la desgracia de ser mordido, muere. No tiene espera; representa la cosa que todos temen. ¿Cual? La necesidad.

Los 1.500 millones de bienes vendidos en el 91, parecía que no habían hecho otra cosa que aumentar el hambre. En los primeros meses del 92 gastáronse de un tirón 500 millones; sin embargo, Cambon continuaba teniendo hambre. Entonces insistió en que se vendiera la parte de los bienes eclesiásticos reservados aun, los edificios, las iglesias y conventos inclusive. Proposición audaz. Pronto veremos sus resultados.

La dificultad más grande era la de inclinar á nuestros asambleístas á la venta de los bienes de los emigrados. La legislativa había manifestado un verdadero y profundo horror por la confiscación.

¿Podría obrar por si misma la Convención? En el momento de la invasión de emigrados armados no faltó el golpe que revelaba la presencia de Cambon.

Un diputado de la villa de Ardenes se acercó á la barra á lamentar la devastación de sus campos, el saqueo de sus viviendas, sus gran-

jas incendiadas... La Convención decretó un pequeño socorro de 50.000 francos tomados de los bienes de los emigrados. ¿Hay nada más justo que indemnizar á las víctimas de la guerra á espensas de los enemigos? Esto es lo que esperaba Cambon. Por este agujero se introdujo en el arca de los bienes de los emigrados, riqueza inmensa que se valuaba en cuatro mil millones. El mismo día hizo decretar que, en un plazo de veinticuatro horas, los banqueros, notarios y otros depositarios de fondos de la emigración, declararían que cantidades tenían en su poder y veinticuatro horas más tarde las ingresarían en la caja de los distritos.

Sobre este y otros puntos, encontró Cambon por obstáculos los escrúpulos de una parte de la derecha y del centro. Se ha visto en Octubre del 91 la excitación de la legislativa sobre la cuestión de los bienes de los emigrados. Tomarlos, era violar la Constitución que suprimía la confiscación. Respetarlos era dejar armado al enemigo, á los que arrojaban sobre Francia los ejércitos extranjeros, concediéndoles toda la fuerza moral que se agrega á los poseedores de las grandes fortunas. Muchos emigrados aun tuvieron medios para proveerse de recursos. Los intendentes y hombres de negocios, previendo su regreso continuaron enviándoles los frutos de bienes que no habían sido secuestrados. Nada se ganó contra la emigración hasta que sus bienes no fueron vendidos, y sobre todo vendidos por parcelas, divididos entre una muchedumbre de adquirentes, quedando los bienes desnaturalizados y desfigurados al pasar por el crisol de la Revolución, agregándose bajo una forma nueva á la vida general.

La Gironda en gran parte (con Condorcet á la cabeza) titubeó aquí, retrocedió. Querían la Revolución, pero sin la Revolución. Querían la guerra, pero sin emplear los medios de la guerra.

Cambon estaba contra ellos.

Por otra parte Cambon había arrojado contra si el odio de una buena parte de la Montaña por su inflexibilidad al exigir las cuentas á la Comuna de París.

Especialmente Robespierre lo aborrecía, pero por otros motivos. Lo aborrecía como todo el que tenía alguna autoridad en la Convención y además por naturaleza.

El hombre de palabras y de discursos incapaz para los negocios detestaba al hombre que sabía emprenderlos. No osaba atacarle Robespierre, pero indirectamente le minaba el terreno en todos los periódicos. Hacia fines de Noviembre no pudo contenerse más. Lanzó contra él una fuerza revolucionaria nueva, temible, al violento Saint-Just, que principió así en la Convención.

Entre la indecisión de la Gironda que apenas lo apoyaba y la malquerencia de una parte importante de la Montaña, Cambon siguió su camino como si nada hubiera visto.

Tenía Cambon sus ojos fijos en el siguiente tema que era la cues-

ción dominante de la Revolución: *La venta de los bienes nacionales* (por la que distribuyendo la tierra entre todos alcanzaría la Revolución una fuerza poderosa, sólida é irrevocable, y la movilización y *circulación de estos bienes bajo la forma de asignados*.

Para Cambon no habían más amigos que los que querían la venta y el asignado.

La invasión de Bélgica, país aristocrático y de curas, había revelado en él la esperanza de lo infinito.

Cambon amaba el dinero en general, pero mucho más el dinero de curas.

Lo que más odiaba en el mundo era á los curas y frailes. Nada más vivo en el corazón de los franceses que el odio á los haraganés.

Todo esto, irritado por una circunstancia personal, separaba aun más á Robespierre y Cambon.

Cambon, de Montpellier, emigró á Cholet, á la puerta de la Vendée; aquí estableció una fábrica que la afrentosa guerra de los curas convirtió en montón de cenizas. En este punto, Cambon pudo estudiar y ver de cerca las intrigas de los curas en los pueblecillos contra las ciudades fabriles y revolucionarias.

Cambon les guardó rencor.

La Bélgica llegaba á punto de pagarle la Vendée.

Fué para él una fiesta poderse sentar en espíritu al banquete eclesiástico, comiendo con toda su hambre de los bienes de frailes y canónigos. Cambon aguzó sus dientes.

La venta de bienes circulando en moneda y asignados, arrastró á Bélgica á la causa revolucionaria. Este país ayudó á Francia en la gran lucha por la libertad común mientras se enriquecía, dando valor á los bienes que habían permanecido inertes en las manos del clero.

Cuando supo que Dumouriez, por un tratado precipitado con el clero belga, se le devolvían sus bienes, fué presa de violento furor. Rechazó los tratados que el audaz general arrojaba sobre el Tesoro, hizo romper los contratos con los abastecedores, los mandó arrestar, conduciéndolos á la barra de la Convención y revolvió iracundo todos los proyectos de Dumouriez.

Romper la espada de un general vencedor es una cosa grave en todos los países.

Y sin embargo, Cambon lo hacía.

La ruptura con Inglaterra hizo más grave la situación de Cambon frente á Dumouriez.

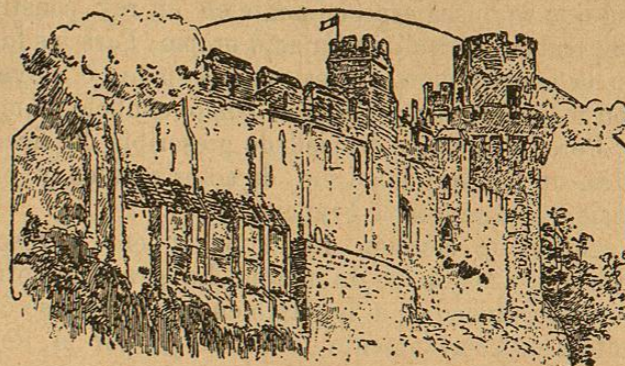
¿Dónde se apoyaría Cambon para evitar los golpes de aquella nación? ¿Sobre qué bancos de la Convención podría sentarse tranquilamente?

Los girondinos tardaron, titubearon y no marcharon de acuerdo.

Respecto á Cambon obraron como hombres ligeros é ingratos, como se verá en el libro siguiente.

Ayudados por él en un caso decisivo, ni lo sostuvieron en su guerra contra Dumouriez, ni contra los ataques de Robespierre y de Saint-Just. Esta fué una de las causas de su caída.

Cambon quedó fijado á la izquierda de la Convención. Con él votaron hombres sin interés de partido, amantes de la Revolución, embarcada en la importante cuestión de los bienes nacionales ó arrastrada en la pesada carreta de los asignados.



CAPITULO XXIII

Grandeza y decadencia de la Gironda (Octubre-Noviembre 92).

La Gironda fuerte en Octubre.—Petion obtiene la unanimidad de París (15 de Octubre).—En el proceso del rey empujan las violencias.—La Comuna lanza un documento contra la Convención (19 Octubre).—La violencia de la Comuna compromete á la Montaña y á la sociedad de los Jacobinos.—Muda irritación de Sieyes y del centro.—La Convención ataca á Danton y á la Comuna.—División del partido girondino.—Una fracción de la Gironda (la fracción Roland) ataca á Robespierre por Loubet (29 Octubre).—Apología de Robespierre á los Jacobinos y á la Convención (5 de Noviembre).—Barede la salva insultándola.—La Gironda pierde su influencia en París.—Abre el proceso del rey (7 de Noviembre).—Daño de este proceso para Francia.

Un hecho precipitó la batalla interior de la Convención y de la Comuna. París, que la Comuna pretendía poseer, se declaró contrario de un modo ruidoso. El primer uso libre que pudo hacer de su voluntad, fué desmentir por una elección significativa cuanto se había dicho en su nombre. Los violentos, desenmascarados así, viendo con terror su nombre publicado por el resultado de la elección, no encontraron salvación más que en un golpe de audacia: precipitando la Revolución.

El acontecimiento que cambió así la faz de las cosas fué la elección de Petion (que dejó la presidencia de la Convención) á la alcaldía de París (15 de Octubre). Petion fué elegido por unanimidad, excepto muy contadísimos votos. De 15.000 electores obtuvo el voto de 14.000. Y de los mil votos restantes los candidatos de la Comuna no obtuvieron, juntos, ni quinientos.

París se justificó así ante Francia y ante Europa. Manifestó su horror hacia Septiembre y su cariño á la moderación y á la probidad.

Si, por lo tanto, la Revolución debía en lo sucesivo apoyarse en la probidad inerte y la moderación impotente, es seguro que combatiría la parálisis que la amenazaba. Petion, dispuesto perfectamente para ocupar un sillón, lo mismo el de presidente de la Asamblea que el trono de la casa ayuntamiento, el rey Petion, como se le llamaba, estaba dotado